

En resúmen, esta fe cristiana y católica, tan sensible en sus misterios, tan sublime en sus dogmas, tan austera en su moral, tan heróica en sus virtudes, ha conquistado el mundo á despecho de los esfuerzos conjurados de la fuerza bruta, de las pasiones desencadenadas, del vicio triunfante, de la filosofía y de la ciencia orgullosas, y aún hoy llena la tierra. Permanece firme y absolutamente una, cuando al rededor de la misma todo se desploma y se divide hasta lo infinito. ¡Esplendor! esplendor!



CAPITULO II.

La Fe es necesaria.

El que creyere en Él y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere en Él, será condenado. (Ev. seg. san Marcos, cap. XVI, v. 16.)

El que no cree en el Hijo único de Dios ya está juzgado. No verá la vida. La ira de Dios permanece sobre su cabeza. (Ev. seg. san Juan, cap. III, v. 18 y 36.)

¿Quién pronunció, hablando de sí mismo, esta sentencia tan formal?

Jesucristo.

¿Á quién aludía Juan Bautista cuando formulaba este decreto tan temible?

Á Jesucristo.

Juan, el apóstol muy amado, anunció con estos términos sublimes la aparicion de Jesucristo en el mundo:

«Él es el Verbo, Hijo de Dios; Él estaba en el principio en Dios, y Él es Dios.

«Por Él fueron hechas todas las cosas, y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas.

«En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

«Él es la luz verdadera que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo.

«Él se hizo carne, y habitó en medio de nosotros, lleno de gracia y de verdad.»

El divino Precursor le saludaba de este modo:

«Venido en pos de mí, es antes que yo.

«Es el Hijo único de Dios, que vive en el seno de su Padre.

«Yo no soy digno de desatar la correa de su zapato.

«Es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

«Yo no le conocía cuando, confundido con la multitud de los pecadores, ha venido á orillas del Jordan, pidiéndome el bautismo de la penitencia; mas el que me envió á bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu y reposa sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu. Yo he visto al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y reposar sobre Él, y oí una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias, y le doy este testimonio de que Él es el Hijo de Dios.»

Jesucristo era la bondad misma. Su voz no resonaba estrepitosa en la plaza pública. No acababa de romper la caña medio quebrada, ni apagaba la mecha que aún humeaba.

Cordero de Dios, nos exhortaba para que aprendiéramos de Él á ser mansos y humildes de corazón.

Llamóse nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, el esposo de nuestras almas.

Se nos mostró con las tiernas parábolas del padre del hijo pródigo, del buen samaritano, del amo de la viña, generoso hasta el exceso.

Para inspirarnos ilimitada confianza, se ocultó debajo

de los símbolos más atractivos. «Yo soy agua viva y pura, que apaga por siempre la sed; un pan delicioso que hace inmortales á los que de él se alimentan; una puerta siempre abierta, que da entrada á pastos abundantes; un camino angosto, pero seguro, que conduce á la mansion de la felicidad; una viña generosa, que comunica la vida y la fecundidad á todas las ramas; una luz suave y brillante, quien la siguiere no se extraviará.»

Á menudo exclamó: «Yo debo ser bautizado con un bautismo de sangre. ¡Cuánto me tarda que se derrame hasta la última gota esta sangre cuyo abrasado ardor me devora!»

Identificándose con cada uno de los hombres, les decía: «En verdad, en verdad os digo, lo que hicieris al más pequeño de los niños, me lo haréis á mí mismo. El que le ofende, me ofende en la niña de mis ojos.»

Toda su vida no fué más que un prolongado acto de amor de Dios y de los hombres. Dos palabras resumen toda su historia: pasó haciendo bien, es decir, amando á los hombres. Cada uno de sus pasos iba marcado por un nuevo beneficio, por un milagro de amor. Ya era un paralítico á quien mandaba que andara, un ciego á quien devolvía la vista, un sordo á quien hacía oír, un mudo á quien hacía hablar, un leproso á quien curaba, algunos panecillos que multiplicaba lo bastante para saciar á millares de personas, el hijo del príncipe de la Sinagoga que arrancaba de las puertas del sepulcro, la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naim, Lázaro á quienes resucitaba, la Samaritana á quien instruía y convertía, Zaqueo á quien llamaba á la fe y santificaba, María Magdalena, cuyo corazón abría al arrepentimiento y á la virtud, etc., etc.

Escapábase de su sér una virtud divina que curaba todos los males.

Todo en él respiraba de tal modo la dulzura y la bondad, que los niños le acosaban para lograr sus caricias, y la

multitud suspendida de sus labios le seguía á la profundidad del desierto sin acordarse de ninguna de las necesidades de la vida.

Al mismo tiempo su majestad apacible inspiraba respeto y santo terror. Cuando la ira de sus enemigos estaba más desenfrenada, les detenía con una mirada, se desprendía de sus brazos que quedaban inmóviles, y desaparecía.

El dolor físico ó moral no podía aquejarle sino en la hora fijada voluntariamente por Él en su amor infinito de Dios su Padre, y de los hombres sus hermanos.

Porque nos amó y porque lo quiso:

Nació en un establo que hizo resonar con sus dolorosos vagidos; pasó treinta años en la oscuridad trabajosa de un humilde taller; fué el blanco durante toda su vida pública de las privaciones de la pobreza, de las persecuciones y afrentas de muchísimos é implacables adversarios; en el jardín de Gethsemaní estuvo triste su alma hasta la muerte, entró en espantosa agonía, salió la sangre de todas sus venas é inundó la tierra. Fué vendido por un discípulo ingrato y sacrilego, que le entregó á sus verdugos abrazándole; su divino rostro fué abofeteado y escupido, su cuerpo fué desgarrado á golpes, su cabeza coronada de espinas; tuvo por cetro una caña, por manto real un trozo de púrpura; se le pospuso á un sedicioso homicida.

Fué condenado á muerte. Caminó al Calvario cargado con el tosco instrumento de su suplicio, extenuado, arrastrado por soldados inhumanos. Tendióse sin quejarse en el altar del sacrificio. Levantado entre el cielo y la tierra, cubierto de heridas sangrientas, oyó las blasfemias de los sabios y de los grandes que le insultaban, y del pueblo extraviado que le maldecía. Empapada su alma de amargura, no obtuvo ni siquiera de su Padre celestial el consuelo sensible que pedía. Murió entre los más horribles dolores lanzando un gran grito.

Al recibir el cielo su postrer suspiro, se oscureció, la tierra tembló hasta en sus cimientos, partiéronse las pe-

ñas, desgarróse el velo del Templo, el centurion y los suyos se golpearon el pecho y exclamaron: «Verdaderamente era el Hijo de Dios.»

Resucitado ya, no se acercaba á sus apóstoles sino para decirles: «Soy yo. No temais. Os traigo la paz, os doy la paz.»

Y cuando, subido al cielo, les perdía de vista, les bendecía aún y llenaba su corazón de celestial gozo.

Y él fué quien dijo:

Dios amó tanto al mundo que dió por él á su Hijo único, á fin de que todos los que creyeren en él no mueran, sino que entren en la posesion de la vida eterna. Quien creyere en él no se condenará, mas el que no creyere en él como á Hijo único de Dios, ya está juzgado y condenado.

Y el divino Precursor, el más grande y santo de los hijos de los hombres, iba gritando á todos:

El que creyere en Jesús, Hijo de Dios, tendrá la vida eterna. El que no creyere en Jesús, Hijo de Dios, no verá la vida; la ira de Dios permanece en él.

¡Qué anatema! Los hombres que no creen en Jesucristo, y que duermen tranquilos sobre lo pasado, felices de lo presente, descuidados de lo venidero, están juzgados! No verán la vida! La ira de Dios descansa en ellos!

Jesucristo decía también á Marta, hermana de Lázaro:
Yo soy la Resurreccion y la Vida. El que cree en mí, vivirá, aunque muriere. Y el que vive y cree en mí, no morirá jamás.

Y Marta exclamaba: *Yo he creído que vos sois el Cristo, Hijo del Dios vivo, venido á este mundo para salvarle.*

La fe es necesaria. Toda la religion cristiana viene á parar á esta terrible alternativa. El que cree y es bautizado se salvará. El que no crea se condenará.

Nuestros símbolos cristianos comienzan por esta declaracion solemne: *Todo hombre que quiere ser salvado, debe guardar la fe católica, porque si no la guarda entera é inviolable, morirá indudablemente para la eternidad.* Y termi-

nan de esta manera: *Esta es la fe católica, el que no la creyera fiel y firmemente no puede salvarse.*

La fe en Dios es absolutamente necesaria, porque «sin ella, decía san Pablo, es imposible agradarle. El primer paso que debe dar el que quiere acercarse á Dios es creer que existe, y que recompensa á los que le buscan.» La fe es el solo lazo que une el hombre á Dios, la tierra con el cielo.

La fe en Jesucristo es absolutamente necesaria, porque en Jesucristo solo reside la salvacion, y no hay otro nombre que el de Jesús por el cual puedan los hombres salvarse.

La fe es absolutamente necesaria á los individuos. Puede estar abierto su corazon á pasiones culpables; pueden haber despreciado las leyes de la religion natural ó revelada; pueden haber pisoteado mucho tiempo los mandamientos de Dios y de la santa Iglesia; si la fe permanece ó renace, la puerta está todavía abierta al arrepentimiento. Y cuando el ministro del perdón venga á visitarnos en nuestro lecho de muerte, podrá tranquilizarnos, diciendo á Dios con voz suplicante: «No os acordéis, Señor, de sus iniquidades. Olvidad la embriaguez á la que le arrojó tan á menudo la levadura de los malos deseos; porque, aunque ha pecado, y pecado mucho, no ha negado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; sino que ha creído, cree; se arrepiente.» Todo está salvado.

Sin la fe, la tierra no es ya un destierro, una cárcel pasajera, sino un presidio perpétuo comenzado en el tiempo y que continuará en la eternidad, sin un rayo de esperanza para sus infortunados habitantes.

«Tú ordenaste las tinieblas, decía á Dios el Rey profeta (salmo CIII, v. 20), y quedó hecha la noche: en ella transitará toda fiera del bosque. Rugen en busca de presa los

cachorros de los leones, y claman á Dios por el alimento. Mas así que el sol apunta, retíranse todos á tropel, y van á meterse en sus guaridas. Sale entonces el hombre á su ocupacion y á su trabajo hasta la noche.»

Pues bien, si el hombre no tiene la fe, si no puede mirar al cielo con mirada llena de esperanza y amor, ¿en qué se distinguirá su suerte de la del bruto? No será acaso más desgraciado que éste, pues tiene mucho más que éste la conciencia de los males que le alcanzan? Cuando ¡ay! al asomar la aurora, veo en las largas y anchas calles de la capital, en un crudo día de invierno, la multitud atareada de hombres, mujeres, muchachos y muchachas que van á pedir á los cuatro puntos del globo el pan que tanto les cuesta ganar, y que recogíendome interiormente, me veo reducido á decirme que muchos de ellos ya han perdido la fe, y que por consiguiente para esos infortunados ya no hay víctima que puedan ofrecer por sus pecados, mi corazon se oprime en mortal angustia, y lloro. Y me indigno contra los millares de falsos apóstoles que van conspirando continuamente contra el Salvador de los hombres, para borrar su nombre de la tierra de los vivientes, y cerrarle todo acceso al corazon de la humanidad.

Impíos, solidarios, libre-pensadores, escritores impuros y vanidosos, afiliados de las sociedades secretas, ¿qué haceis cada día del pobre Abel vuestro hermano? Su fe perdida, más aún que su sangre derramada, pide venganza contra vosotros. Dios le habia elevado á la cumbre de los honores, le habia hecho casi igual á los ángeles, le habia colmado de beneficios y de gloria. Engañado por vosotros, no ha comprendido ya sus elevados destinos, se ha rebajado al nivel de las criaturas ininteligentes, y se ha hecho semejante al bruto. ¡Ah! el que fué la santidad y la misma bondad dijo de vosotros: «Mas quien escandalizare á uno de estos parvulillos que creen en mí, mejor le seria que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en el profundo del mar.»

La fe es absolutamente necesaria á las naciones y á los pueblos. ¡ Ah! no me habéis de las naciones y de los pueblos sin Dios, sin Jesucristo. «No les llameis dichosos, decía David. Quizás sus hijos son como renuevos de plantas llenas de exuberante juventud; sus hijas avanzan por su belleza semejantes á altares ambulantes, ataviadas con adornos espléndidos; sus tesoros llenos de oro rebosan por todos lados; sus ovejas son superabundantemente fecundas; sus rebaños salen ufanos de sus establos; sus bueyes son gordos; sus casas están sin lagartos, y las paredes de sus ciudades sin grietas; ningun grito de penuria resuena en sus plazas públicas: pero no está aquí la dicha. Sólo es dichoso el pueblo, cuyo Señor amado y bendito es Dios.»

Para los pueblos pastores que rompieran con Jesucristo y volvieran á los errores del paganismo, podrá haber aún alguna felicidad; pero ¡cuán espantosa sería, si apostatará, la suerte de un pueblo ilustrado, civilizado, condenado á las crueles exigencias de la industria y del progreso modernos! La miseria y el libertinaje tomarían terribles proporciones, y, por servirme del lenguaje de Jesucristo, sería muy pronto la abominación de la desolación. La tribulación alcanzaría un nivel que el mundo no ha visto aún. Y si Dios, en su amor por sus elegidos, no abreviara los días de infortunio universal, toda la humanidad perecería física y moralmente.

Por esto, antes que la fe desaparezca enteramente de la tierra, suena la última hora del mundo. El sol se oscurece, la luna pierde su luz, las estrellas se conmueven en el firmamento; el Hijo del Hombre aparece en las nubes, coronado de poder y gloria; los ángeles han reunido de los cuatro vientos del horizonte la gloriosa multitud de sus elegidos que entran con Él en la vida eterna, mientras que el rebaño impuro de los impíos ó de los pecadores es arrastrado hácia el abismo de los infiernos.

Pero, hé aquí que lá osada escuela del positivismo y de

la moral independiente se atreve arrogantemente á aspirar á convertir la razon y la ciencia en fuente no solamente de toda verdad, sino de toda santidad y prosperidad.

« Es ley de la naturaleza, dice, que la ciencia y el perfeccionamiento material y moral del hombre vayan inevitablemente unidos. » ¿Perfeccionamiento material? Sí, hasta cierto punto, hasta cierto límite, porque el progreso material exagerado, y emancipado del elemento religioso, llevará forzosamente á la barbarie, como acabamos de decirlo. ¿No vemos ya por ventura al pauperismo crecer visiblemente? ¿Perfeccionamiento moral? no, mil veces no. La ciencia, sin la fe, sin la gracia, es impotente, por regla general, para hacer á un hombre honrado.

Y añade: «La ciencia y el dominio de la naturaleza adquiridos por el fatigoso trabajo de los pensadores, ó por la virtud oculta que se infunde en ellos de improviso, van siempre acompañados de una manera indisoluble con las virtudes domésticas y civiles, y con todos los demás factores de que resulta la felicidad de las naciones.»

Hablar de esta manera es desconocer completamente la naturaleza y las pasiones del corazón humano. Los escritores del siglo de Augusto, Lucrecio, Ciceron, Séneca, Plinio, etc., nos asombran aún actualmente por sus sentimientos elevados. Pues bien, san Pablo, en su Carta á los Romanos, ha hecho la historia de los filósofos de ese siglo grande. Es un testigo ocular y digno de toda confianza. En lugar de virtudes, ¡cuántos vicios abominables! Por otra parte, las ciencias serán siempre, quieras que no, la herencia de muy pocos. Nunca serán sabias las multitudes. Si la ciencia constituyera la virtud, esta sería también el patrimonio del menor número. ¿ Y no nos prueba acaso la experiencia de todos los días que la ciencia y el vicio no se excluyen siempre?

«Una feliz disposición de alma puede hacer dulce y justo al que vive en la ignorancia; pero, con más frecuencia, la porcion animal y salvaje del hombre, excitada y atormentada por la violencia de las cosas, á las que no sabe

oponer compensacion, sacude el freno de la conciencia y se rebela contra el deber.»

¡Qué ridícula ingenuidad en esta increíble pretension de que la ignorancia de las ciencias físicas y naturales conduce, lo más á menudo, á la rebelion contra la sociedad, y que al contrario el conocimiento de las ciencias puede solamente encadenar los instintos salvajes del hombre! Pero hé aquí el colmo de la ceguedad:

«No puede suponerse que un hombre (como no sea loco) quiera, á sabiendas, hacer lo que le daña directamente ó por via indirecta, perturbando el desarrollo de la Asociacion á que pertenece.» En este punto el positivismo es una loca utopia, que supone la ignorancia absoluta del hombre y de la historia, que rehusa hasta voluntariamente mirar de frente al mundo contemporáneo. Si hay un hecho más claro que la luz del dia, es que el hombre hasta instruido, hasta sabio, es libre y fatalmente suicida, homicida, fratricida. ¡Qué! estos hombres tan grandes por su saber, no conocen ya tampoco la famosa frase de Ovidio, que es el gran secreto de las veleidades humanas: *Video meliora proboque, deteriora sequor*: veo y apruebo lo mejor, pero hago lo peor; ni el grito de dolor del grande san Pablo: *Non enim quod volo bonum hoc facio; sed quod nolo malum hoc ago*; no hago el bien que yo quisiera, sino el mal que no quiero.

«En las leyes de la naturaleza y no en otra parte deben buscarse, pues, las reglas capaces de hacer al hombre mejor y más feliz. Quizás la voluntad humana se verá hasta menos tentada de sustraerse de ella, cuando sepa que no se le imponen las leyes POR UN LIBRE ALBEDRÍO (DIOS), sino que representan las condiciones indispensables para nuestro pleno desarrollo, para nuestro más rápido perfeccionamiento.»

¡Idea quimérica! sueño insensato! ceguedad homicida! Yo amo y admiro la ciencia, la hago mia tanto y más que no la haceis vuestra, vosotros que tanto la cacareais; pero, por favor, dejadme mi fe y á mi Jesús redentor. Toda la

historia de lo pasado y de lo venidero de la humanidad está en estas dos líneas de san Pablo: *Donde Jesucristo no ha reinado, ó donde no reine, abundan ó abundarán los pecados, y con ellos la muerte. Donde Jesucristo ha reinado, ó reinare, la gracia será victoriosa, y por la gracia la justicia y la vida en este mundo y en la eternidad*

Muy vanos y pecadores son los apóstoles de la moral independiente.

Escuchad su retrato é historia hechos por mano maestra, por uno de los más excelentes ingenios y de los más grandes corazones de la humanidad, san Agustin: «Hay y habrá filósofos afanosos para persuadir á los hombres que vivan conforme, pero que no sean cristianos, disertando de las virtudes y de los vicios con estrepitosa y refinada sutileza, dividiendo, disecando, definiendo, amontonando unos sobre otros los más agudos argumentos, llenando libros, haciendo resonar muy alto, á son de trompeta, la sabiduría que se desborda en ellos, fogosos por decir á sus contemporáneos: si quereis vivir felices, seguidnos, afiliaos á nuestra secta. ¡Ay! entran en el redil, no por la puerta, como el buen pastor, sino por la ventana, como el lobo hambriento. Quieren perder, degollar, matar.»

Vosotros, sucesores suyos, como ellos, *perderéis, degollaréis, mataréis*.

Nos convidáis locamente «en la época en que, merced á la ciencia, el predominio del hombre sobre las cosas, la seguridad de la vida, la rectitud, la bondad, el amor reinarán en la tierra.» Expresais la hipócrita esperanza «de que entonces cesarán nuestras iras, cuando seremos dichosos y tendremos á orgullo gozar de todos los bienes salidos de la *ciencia libre y sola*,» cuando escribiremos con vosotros: «LA CIENCIA LIBRE Y SOLA ES PODER Y VIRTUD (1).» ¡Ilusion! ilusion! Jamás llegará vuestra edad de oro. La

(1) Estas afirmaciones tan altaneras salen de un discurso solemne pronunciado este año en la apertura de los cursos de la Universidad de Turin.

edad de la ciencia libre y sola será de cada vez más la EDAD DE HIERRO. Desdeñosa la ciencia ó enemiga de la Religión como la quereis, será, quieras que no, desdeñosa y enemiga de la humanidad.

La fe es absolutamente necesaria. ¡Ah! qué desesperación, si la falsa ciencia llegara á ahogar completamente la voz de Aquel que dijo: Venid á mí, todos los que estais agobiados por el peso del trabajo y del dolor, y yo os aliviaré.

Resumamos:

Un personaje histórico y santo, modelo incomparable de austeridad, que tiene por túnica un fragmento de piel de camello, por cinturón un pedazo de cuero, por alimento un poco de miel silvestre y algunas langostas de los campos, señala á todos un hombre más jóven que él y exclama: Conviene que ÉL crezca y que YO mengüe. Quien no cree en él como en el Hijo único de Dios, no se salvará.

El más santo, el más dulce de los hijos de los hombres, se llama Hijo de Dios, igual á Dios; se deja adorar como Dios, afirma que quien no cree en él, Hijo único de Dios, está ya juzgado, condenado. Y la fe en él y el amor de él han llenado el mundo. ¡Esplendor! esplendor!



CAPÍTULO III.

La Fe es rara.

Vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comezon extremada de oír, recurrirán á una cattera de doctores, propios para satisfacer sus DESEOS, y cerrarán sus oídos á la verdad y los aplicarán á las fábulas. (Segunda Carta de san Pablo á Timoteo, capítulo IV, v. 3 y 4.)

La fe es rara, muy rara. No nos forjemos ilusiones, nos acercamos á los desdichados tiempos de que habló el divino Maestro: *Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿creéis que encontrará fe en la tierra?*

La atmósfera que respiramos en esta grande capital, que se respira en el mayor número de las ciudades de nuestras provincias, que se comienza ¡ay! á respirar en las aldeas de varios de nuestros departamentos, es una atmósfera no solamente de indiferencia religiosa, sino de muerte espiritual, de incredulidad ya que no razonada, á